

873

PA 2378

Q

.03

A98

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL

TRASTO DE LA CASA

ALMAS FUERTES

EL TRASTO DE LA CASA

I



— Es un Ziem de primer orden, mírelo despacio señor Brown, por lo luminoso parece un esmalte... Fijese en esa tonalidad, cualquiera la tomaría por una ágata... Es un cuadro de museo...

— Sí, es muy hermoso, pero con todo, prefiero esa cabeza de niña.

Y el americano señalaba con la contera de su bastón un marco negro que rodeaba el triste y dolorido rostro

de una niña rubia, rostro que iluminaban unos ojos azules y vivos. Sobre fondo gris pintado con vigorosa flexibilidad, el boceto se salía del lienzo.

— Sin duda alguna — replicó el vendedor de cuadros con tono de deferente conmiseración — esa cabecita es agradable. En su elección reconozco el buen gusto personalísimo que preside sus adquisiciones, pero el Ziem es una cosa excepcional. Durante mi carrera, he encontrado muy pocos cuadros de tanta importancia... Piénselo bien; ocasión parecida no se le ha de volver á presentar. Ayer se lo enseñé al conde Nuño y quería llevárselo, pero yo había decidido proponérselo á usted, y por nada hubiera consentido que saliese de mi casa sin que lo hubiese visto antes...

Ante la revelación tan hábilmente sacada á relucir del entusiasmo sentido por el célebre coleccionista Nuño, entusiasmo que había provocado el cuadro que Regis trataba de vender, Reinaldo Brown permaneció indiferente. Con la mayor frialdad preguntó:

— ¿Cuánto vale ese boceto?

— Muy poco... pero lo que debe usted tomar es el Ziem. Si no sigue mi consejo se arrepentirá.

— Bueno, ¿cuánto vale el Ziem?

— Cincuenta mil francos. Procede de la venta Martelet en la que fué adjudicado por cuarenta y cinco mil. Vea usted señor Brown que hace un negocio redondo. Le daré la factura. Con un lienzo de tan grande importancia, y sólo porque se trata de usted, no quiero ganar más que

cinco mil francos. El día que se canse de él, devuélvame y le daré sesenta mil...

— Bueno, envíelo á mi casa — dijo el americano, vencido al fin por la tenacidad del mercader. — Y con él, envíe también la cabecita de niña. ¿Cuánto vale? No me ha dicho usted el precio.

— ¡Oh! una friolera, dos mil francos,

— No está firmada...

— Dispense usted. Abajo, junto al marco y á la izquierda, hay un monograma. ¿Lo ve usted? R. H. Rosalía Hertelín.

— ¡Ah! ¿Es de una mujer?

— Completamente desconocida... Una muchacha de buena familia que ha sufrido grandes reveses de fortuna... Le tomo sus cuadros para que no se muera de hambre. No pinta mal, tiene frescura y delicadeza.

Reinaldo Brown fijó en Regis sus grandes ojos azules. Una lijera sonrisa contrajo sus labios y dijo:

— No creo que dé usted dos mil francos á esa joven... ni mil... ni siquiera quinientos...

Con mucha frialdad el vendedor de cuadros replicó:

— Tengo mi tienda llena de cuadros de venta difícilísima, á no ser que se tropiece con aficionados tan conocedores como usted, señor Brown. Generalmente, los clientes no quieren más que nombres célebres. Resulta imposible vender los cuadros de artistas desconocidos, de modo que es preciso adquirirlos en condiciones especiales. Esa cabeza de niña está en mi escaparate desde

hace seis meses, y hoy es la primera vez que me proponen comprarla. Hasta que la señorita Hertelín tenga una firma, preciso será que la sostenga con mi dinero. Me parece que eso vale algo.

— Tiene usted razón. Y esa señorita ¿haría un retrato?

— ¡Un retrato! Señor Brown, eso ya es otra cosa. ¿A qué pintor me atrevería á recomendar para que hiciese un retrato? Tenemos artistas de mucho talento, pero un retratista... Bonnat ha hecho obras maestras, Henner si quisiese, pero ya no pinta más que mujeres desnudas sobre fondos verdes... Morot también, pero está cazando leones en África.

— Yo no le hablo de Bonnat, de Henner, ni de Morot. Le hablo de la señorita Hertelín y le pregunto si haría un retrato.

— Seguramente, pero hay retratos y retratos. Si quiere arriesgarse y probar...

— Sí, creo que el modo de pintar de esa joven ha de gustar á mi abuela.

— Pues, bien, ¿quiere que me ocupe de este asunto?

— Lo deseo.

El aficionado se levantó en el momento que la puerta de la tienda se abría para dar paso á una joven sencillamente vestida de negro, cubierta la cabeza con un sombrero de dudosa elegancia, y de cuyo conjunto se desprendía cierta inquietud. Al ver el boceto de la cabecita de niña

colocado en un caballete ante el aficionado, enrojeció, y sin poder dominar un movimiento de alegría, iba á acercarse con la mirada resplandeciente cuando la contuvo un gesto del mercader.

— Dentro de un momento estaré á su disposición, señorita — dijo Regis. — Entre en mi despacho, es cuestión de minutos.

— No tengo la menor prisa — contestó la joven con voz dulce y velada.

Y fijando una mirada en el americano que con visible emoción seguía examinando el boceto, empujó la puerta del despacho en el que tantos ratos de desolación y tristeza había pasado infructuosamente. Repentina esperanza empezó á germinar en ella, y por vez primera sintió la sensación del interés excitado por una de sus obras. Hasta entonces Regis le pagaba sus cuadros, y cuando le preguntaba si se vendían le contestaba siempre con evasivas. Frecuentemente la mortificaba el temor de que sus cuadros, amontonados en la trastienda en donde Regis relegaba sus mercancías, se cubriesen de polvo: allí dormían naturalezas muertas, marinas, escenas españolas, canales venecianos, cuadros militares, paisajes ejecutados por pintores que sin carecer de talento no tenían la menor notoriedad, un sin fin de obras de pintores concienzudos y trabajadores, de esos que alinean en las paredes de las exposiciones kilómetros de lienzo pintado ante los que desfila la estupefacción del público.

De tiempo en tiempo, y haciendo una mueca, el mer-

cader le confesaba la venta de uno de sus cuadros, pero nunca lograba saber ni cómo ni á quién lo había vendido. El velo misterioso que envolvía á los compradores la entristecía, y sospechaba una relegación en provincias, en un interior de burgueses de pequeña ciudad. No por eso se sentía humillada, pero hubiera deseado conocer á los que habían apreciado su obra, y oír, de sus propios labios, la crítica ó el elogio. La obscuridad que rodeaba las operaciones comerciales de Regis, descorazonaba á la señorita Hertelín. Su entusiasmo languidecía, y su ardor para trabajar sólo se sentía fustigado por el estimulante de la necesidad.

Sin embargo, concurría con sus obras á las exposiciones, y habían sido ya señaladas á la atención del público. La prensa profesional había dulcificado para ella los rigores de su incompetencia. Hasta el temible Lavirón se había dignado escribir con su acostumbrada brutalidad: « Es de notar un cuadrito sin gracia, pero no sin vigor, de una señorita Hertelín. Su modo de pintar es menos vulgar y menos insípido del que acostumbra á exhibir sus colegas. » Ese ramo de ortigas había inundado de alegría el alma de la pobre joven. Con el rostro radiante había llegado á casa de Regis, quien, juzgando nefastas para el comercio aquellas ilusiones, se había encargado de destruirlas.

— No se entusiasme tan pronto señorita — le había dicho con su frialdad de negociante interesado en depreciar la mercancía. — Todo eso no son más que palabras

que se lleva el viento. Los críticos de arte están, por necesidad profesional, en oposición directa con el gusto del público. Su originalidad consiste en ser totalmente contrarios á la opinión general. Cuando no están apartados de la muchedumbre, parece que caen en la vulgaridad. En consecuencia, su opinión no debe de tenerse en cuenta, pues de lo contrario, no se consigue vender nada. Le ruego que tome buena nota de esto, y que se ponga en guardia contra las sugerencias de un periodista al que preocupa tanto el porvenir de usted, como los artículos que escribió el año pasado.

— Pero, caballero, ¿ no se dice que el señor Lavirón es muy leído y que sus juicios son de gran autoridad ?

— ¿ Para quién ? Para tres docenas de mamarrachos que tienen la cabeza llena de majaderías. Una picadura suya es molesta porque siempre se encuentran gentes dispuestas á corear al detractor, pero sus elogios ¿ para qué sirven ? Si fuese capaz de lanzar á un pintor desde el punto de vista de la venta, esos que tanto ha celebrado, los... Pero no, no quiero citar nombres. Como mercader, no tengo opiniones artísticas, sólo puedo hacer cálculos comerciales. Es preciso vender, eso es todo. Trabaje para vender, y no se preocupe por lo que de usted puedan decir los periódicos. Hasta que anuncien que sus lienzos valen veinte mil francos, poco importa lo demás.

En el despacho en que Rosalía Hertelín esperaba, Regis le había hablado de este modo mas de veinte veces. Generalmente, salía resignada á continuar su fabricación

de cuadritos de niños, y sin embargo, con el trabajo, su factura se había precisado. Sus medios de ejecución se hacían mas extensos, y la firmeza de su pincel, que ya Lavirón había notado, se hacía mas potente, casi ruda, en una fuga desbordante y mal contenida. En ciertos momentos sentía aspiraciones á la alta pintura; en su alma nacían proyectos de decoración; soñaba con vastos frescos que cubriesen grandes muros, y después de esas elevaciones le era preciso volver á la fabricación corriente de sus cuadros en los que, á pesar de su descorazonamiento, hacía esfuerzos para poner la mayor cantidad posible de arte.

La puerta se abrió y apareció Regis. En sus labios se dibujaba socarrona sonrisa, y como gato que se dispone á apresar á un ratón, se dirigió hacia la joven andando lentamente.

— Vamos, señorita Hertelín, hoy es un magnífico día para usted — le dijo. — Quiero esperar que no señalará el principio de su ingratitud.

— ¿Qué significan estas palabras? — preguntó Rosalía enrojeciendo. — ¿Tan mala opinión tiene de mí que me cree capaz de olvidar el apoyo que me ha prestado?

— ¡Es que estoy tan acostumbrado al desprecio de los servicios prestados cuando la necesidad que se tenía ha desaparecido!... He socorrido á pintores que se morían de hambre á la puerta de mi casa y á los que he conducido á la reputación y á la fortuna. Una vez lanzados me han hecho hacer antesala y me han rehusado



— Hoy es un magnífico día para usted. Quiero esperar que no señalara el principio de su ingratitud (pág. 8).

cuadros que en seguida hubiera vendido, con el pretexto de que no podían dar abasto á tantos pedidos... ¿ Es preciso que le nombre á los ingratos?

— Pero, señor Regis — replicó con muy buen sentido la artista. — ¿ Voy á tener ocasión de conducirme con usted de semejante manera? ¿ Mi fortuna va á cambiar hasta el punto que tenga usted algo que esperar de mí, cuando hasta ahora he tenido que esperarlo todo de usted?

— Bien, hija mía — dijo el vendedor moviendo la cabeza con movimiento de aprobación. — Tiene usted entendimiento y corazón, y no será una egoísta como los otros. Cuando haya llegado, pensará en el que la ha ayudado á llegar.

— Señor Regis — dijo interrumpiéndole la señorita Hertelín, trémula por la emoción — Con su modo de hablar me infunde tan risueñas esperanzas que le ruego encarecidamente se explique de un modo categórico. En la situación en que me encuentro, me siento incapaz de soportar la incertidumbre. ¿ De qué se trata? ¿ Qué es lo que ha sucedido hoy? ¿ Qué prevé usted para mí?

— Una completa transformación en su porvenir artístico. Ayer representaba usted á mis ojos un valor mercantil dudoso. ¿ Llegaría usted? ¿ Se quedaría en el camino? Ese era el problema. Hoy todo ha cambiado. El hombre que al entrar hace un momento ha visto usted en mi almacén, ha pronunciado la palabra mágica que repentinamente coloca á un artista en el pináculo. Es el

aficionado cuyo entusiasmo basta para asegurar la venta en una sociedad riquísima ¿qué digo? en todo un país poseído del delirio de la colección, es el señor Don Reinaldo Brown, de Nueva York...

Al oír este nombre, universalmente conocido como uno de los más célebres aficionados del nuevo mundo, la señorita Hertelín palideció. Fijó en Regis sus ojos llenos de lágrimas, y con voz temblorosa dijo :

— ¿Es él quien ha comprado la cabecita de niña expuesta en el escaparate desde hace un mes?

— Sí, él es. Ha entrado en mi tienda sin más propósito que verla, pues no es cliente mío. Hace dos años que procuro en vano traerle á mi casa. No iba más que á casa de los Salcedo ó de los Wortheim. La casualidad ha hecho que pasase á pie por la calle Laffitte, y su cuadro le ha llamado la atención. Para esas gentes, acostumbradas á vencerlo todo con el poder del dinero, el más insignificante capricho exige inmediata satisfacción. El señor Brown ha empujado pues mi puerta, y antes que yo consintiese en venderle su cuadro ha sido preciso que me comprara un Ziem de cincuenta mil francos.

Y se puso á reír.

— He ahí cómo se hacen los negocios con esos archimillonarios; por lo demás, el Ziem es magnífico : el señor Brown es un conocedor... No compra porquerías... Al fin, ha comprado su cabeza de niña, y después — y este es el golpe decisivo para usted, señorita Hertelín — después me ha preguntado si haría usted bien un re-

trato... Al pronto no he querido contestar afirmativamente, he querido hacerle languidecer. Sé como es preciso tratar á esos potentados del dinero, y sé también que el único modo de conseguir algo de ellos es irritar sus fantasías. A ése se le ha antojado el retrato de la señora Brown, su abuela, la madre del que empezó la fortuna de la casa, de Cornelio, el colono del Ohío, que conducía armadías de caoba por los ríos, y que murió siendo armador y propietario de veinticinco buques de vapor y de una fortuna evaluada en más de trescientos millones de dólares. Todo París conoce á la venerable señora Brown, á esa septuagenaria de pelo blanco que todos los días, á eso de las cinco, se encuentra por los Campos Elíseos en su landó, altiva y erguida, vestida siempre de negro. Pues á esa señora es á quien su nieto Reinaldo quiere que retrate usted. Si acierta usted, es la fortuna; entiéndame bien, la fortuna : toda la colonia americana acudirá, y preciso sera cruzar el Atlántico, ir á Nueva York para aprovechar los momentos de boga. Nadie sabe de lo que es capaz el entusiasmo de esos Americanos. En pocos meses sus cuadros pueden cotizarse tan caros como los de Rosa Bonheur. Cuando eso suceda hija mía, mi querida amiga Hertelín, júreme que no venderá un solo cuadro sin contar conmigo. Deme todo cuanto haga. ¡Ah! Por qué no he tenido más paciencia para conservar todos sus bocetos. Y yo, imbécil de mí, que los he cedido en condiciones tan modestas. Los pícaros que los han comprado, buenos beneficios van á realizar.

— ¿A qué precio los vendía usted? — se atrevió á preguntar Rosalía.

— Doscientos, doscientos cincuenta francos. ¿Quiere ver mis libros?

— ¡Y á mí no me daba usted mas que setenta y cinco francos!... ¡Y no quería tomarme más que cuatro al mes! Con todo, aún debe usted tener algunos, pues desde hace dos años le traigo regularmente...

— Apenas diez. Cuando le digo que es cosa de arrancarse el pelo...

— Y el cuadro de hoy ¿en cuánto lo ha vendido usted?

— En dos mil... Pero para el retrato, me dejará tratar el negocio á mí. Es preciso que le den una cantidad respetable... Veamos, mi querida señorita, vamos ha hacer un contrato ¿eh? Usted se compromete á darme cuanto produzca durante cinco años,... y yo, pues bien, yo me comprometo á pagarle los bocetos á mil francos, y los cuadros de importancia á cuatro mil... ¿Qué piensa de esto? Si le hace falta dinero, mi caja está abierta, ¿quiere usted dos mil francos?

La señorita Hertelín se puso seria, fijó en Regis una mirada penetrante, y dijo :

— Nada de contratos, señor Regis; basta la palabra, y usted sabe que no soy capaz de faltar á ella. Quiero ser libre. Gustosa me comprometo á no vender cuadros á nadie más que á usted. En cuanto á los retratos, si me encargan algunos, quiero tratar por mí misma y según mis conveniencias.

— Pues bien, es asunto concluido : tengo confianza en usted. El reclamo corre de mi cuenta. Pero vamos á lo que importa. ¿Tiene en su estudio algunos bocetos terminados?

— Tengo cinco ó seis y un cuadro grande que destino al próximo salón.

— Enviaré por los estudios mañana. En cuanto al cuadro, iré á verle. Es preciso que haga sensación. Dentro de algunos meses van á buscarle las cosquillas. Y, dígame, amiga mía, quedamos en que los estudios se los pagaré á mil francos. Por ahora no me pida más. Dentro de algún tiempo veremos.

— No, no le pido más — dijo Rosalía trastornada por el cambio de fortuna.

— Vamos, voy á darle dinero. Es preciso que la satisfacción que usted siente se traduzca para los suyos en felicidad material... La comodidad, qué digo, el lujo, va á entrar por las puertas de su casa, señorita Hertelín...

Abrió un cajón, y sacando tres billetes de mil francos se los dió á la joven. Se encontraba en uno de esos momentos en que la habilidad consiste en mostrarse generoso. Sabía que las primeras manifestaciones del éxito dejan en el recuerdo de los que las experimentan huellas imborrables. Y la aparente largueza con que trataba á la artista debía ser siempre para la señorita Hertelín la prueba irrecusable de su triunfo.

La acompañó hasta la puerta de la tienda, y con

ademán de respetuosa condescendencia le tendió la mano. Ella, con paso lijero, aturdida todavía por lo que acababa de sucederle, siguió la calle Laffitte hasta la de Châteaudun, y se dirigió á la parte alta del *faubourg* Poissonnière en donde vivía con su familia. Andando, pensaba poseída de una especie de embriaguez, en la estupefacción de los suyos cuando les diese la maravillosa noticia.

Hacia cinco años que los Hertelín no habían conocido un solo día de satisfacción. En pocas horas habían visto desaparecer su fortuna en un desastre financiero del que la Bolsa conservaba todavía penoso recuerdo. Hertelín, dueño de varios millones, se había encontrado de pronto todo lo arruinado que puede encontrarse un hombre que paga á sus acreedores y al que los deudores no pagan. Su casa de banca se había hundido en una sola liquidación. Lo único que le quedó fué su reputación de hombre honrado, y pronto advirtió que no podía vivir con ella.

El honrado Hertelín entró como empleado en una casa de corretajes cuyo dueño en otro tiempo había recibido sus órdenes. Ganaba tres mil francos al año, y con ese modesto sueldo tenía que cubrir las necesidades de su mujer y de sus dos hijas. La señora Hertelín, inconsolable por haber perdido su hermoso cuarto del bulevar Haussmann, su carruaje, y los trajes de Ducet, se pasaba la vida gimiendo y maldiciendo al destino que la había llevado hasta un cuarto de ochocientos francos al año en el que tenía que contentarse con los servicios de una asistenta.



Su marido y su hija mayor, Rosalía, eran siempre los que pagaban su mal humor, y todo su cariño estaba reservado para Genoveva, su hija menor y la preferida de su corazón. Hertelín, aplastado por el infortunio y opri-

mido por la falta de confianza, sufría con resignación las recriminaciones de su agriada esposa. Su único consuelo era Rosalía, á la que siempre encontraba sonriente, amable y animosa, instalada en una pequeña habitación cuya ventana miraba al jardín y en la que, para pintar, tenía excelente luz.

Mientras la señora Hertelín y Genoveva recordaban en conversaciones interminables todos los esplendores de su pasada existencia, Rosalía y su padre trabajaban para subvenir á las necesidades de aquellas dos perezosas que sólo con palabras duras correspondían á sus esfuerzos. Los cuadritos de Rosalía, que todos los meses procuraban un contingente regular de recursos, eran causa de infinitas quejas por parte de las dos mujeres. La señora Hertelín lamentaba sus jaquecas producidas por el olor de la trementina que empleaba la joven artista. En cuanto á Genoveva, durante mucho tiempo había disputado á su hermana la posesión del cuartito que le servía de estudio, y del que ella hubiera querido hacer un cuarto tocador.

Pero la necesidad de dejar trabajar á Rosalía había obligado á la misma señora Hertelín á quitar la razón á su Benjamina. Sin embargo, la cuestión del estudio surgía continuamente, y Rosalía tenía siempre que temer un nuevo ataque contra su conquista. Además, entre las dos hermanas existía una rivalidad artística. Al mismo tiempo que Rosalía aprendía á dibujar y pintar, Genoveva había tomado lecciones de canto. Poseía una hermosa voz de soprano que manejaba con extraordinaria habili-

dad, y que especialmente, en los trozos de Fauré, producía maravilloso efecto.

En la dichosa época en que Hertelín daba brillantes reuniones, sus invitados gozaban lo indecible oyendo cantar á Genoveva. En sociedad se hablaba mucho de la voz de la señorita Hertelín y se la comparaba á la de las más célebres cantatrices. Con frecuencia se oía decir: « Tiene el estilo de Rosa Carón. Si su padre no fuese rico, aceptaría una contrata, y su belleza y su talento, unidos á su distinción, le asegurarían grandes y señalados triunfos. » Se decía que Massenet había lamentado en público que la señorita Hertelín no pudiese entrar en el teatro para crear los principales papeles de sus obras.

Esta mundana celebridad, había sido, en los momentos de la desgracia de Hertelín, el secreto consuelo de la familia. La desdicha había parecido reparable gracias al talento de Genoveva. En un principio la señora Hertelín había dicho:

— Pues bien, abriremos un curso para señoritas de buena sociedad. Genoveva cantará en conciertos, y ¿ quién sabe? tal vez se presentará una buena ocasión para que debute en el teatro, y transigiremos con nuestros principios para que pise los escenarios. Después de todo, cuando se tiene firme voluntad, es posible conducirse bien en todas partes. El teatro, no es ciertamente una escuela de buenas costumbres, pero los grandes escenarios se encuentran en condiciones particularísimas. La enormidad de los sueldos hace que en ellos progrese la moda.

Cantantes que ganan sesenta mil francos al año, no tienen necesidad de lanzarse al mundo de la galantería como sucede á las coristas, cuyos sueldos apenas son suficientes para cubrir sus multas mensuales. Las artistas de la Ópera son verdaderas grandes señoras á las que se respeta é incienso. Geneveva, sin que nada pierda por esto, podrá presentarse en un papel de importancia.

Lo único que faltó fué la ocasión soñada. Al desvanecerse la fortuna de Hertelín, el prestigio artístico de su hija pareció que se desvanecía también. Una vez pobre, Geneveva descendió á la categoría de cantante de salón. Los amigos entusiastas que en otro tiempo proponían llevar á su casa al director de la Ópera para que la oyese, hablaban únicamente de sus condiciones como se puede hablar de un pasatiempo mundano. Tuvo ocasión de cantar gratuitamente en varios conciertos, pero el día que quiso dar una velada á beneficio suyo, fué un verdadero desastre. Los artistas que habían ofrecido su concurso, no pudieron cumplir su promesa por diversas razones. Las localidades enviadas á antiguos amigos fueron devueltas con insolente indiferencia, y se vió claramente que aquel talento tan cacareado llevado y traído, tenía el fundamento de su valor en la fortuna de su padre, y que en el momento en que se necesitaba sacar partido de él, no era de ninguna utilidad. Jamás un amargo desengaño fué soportado con menor resignación.

Durante ese tiempo, Rosalía, instalada en el gabinetito,

había empezado á pintar los cuadritos en que la infancia desfilaba por los lienzos reproducida en todas sus escenas familiares. Los primeros estudios, para los que la niña de la portera había servido de modelo, fueron adquiridos por Regis, y con el producto de esta venta, la señorita Hertelín pudo comprar algunos trajes, cosa que había de permitirle dar alguna variación á sus asuntos. Los domingos salía con su padre á recorrer los alrededores y tomaba apuntes de rincones de jardín ó de bosquecillos á fin de que sirviesen de fondo á sus personajes. Algunas veces, se apoderaba al vuelo de una escena de juego en la plaza de un pueblecito de las cercanías de París. El sentido exacto que de la naturaleza tenía se ponía de manifiesto, de modo admirable, en esos bocetos hechos en algunas horas. Conservaba en su casa esas notas impregnadas de un realismo que hacían pensar en un Rafaelli idealizado. Buen cuidado tenía de no enseñárselas á Regis que indudablemente no las hubiera encontrado apropiadas « para la venta ».

Poco á poco había llegado á tener una habilidad de ejecución, una precisión tan grande, que la producción de aquellos lienzos comerciales le era sumamente fácil. Empezaba cuatro á la vez con objeto de dejar el tiempo necesario para que se secasen el fondo y las figuras, y á ese trabajo lo llamaba riendo, espumar el cocido. Pero para ella, y en sus momentos de libertad, pintaba lienzos que por su solidez solo tenían una relación muy lejana con su producción corriente. De este modo había hecho

un admirable retrato de su padre y la cabecita de niña que Regis aceptó refunfuñando y que tan profundamente había impresionado á Reinaldo Brown.

Los trescientos francos que Rosalía aportaba todos los meses, unidos al sueldo de su padre, habían permitido, desde hacía dos años, que la familia viviese sin apuros. Pero aquella medianía parecía muy dura á la señora Hertelín y á su hija menor. Desde por la mañana hasta por la noche, las dos mujeres, madre é hija, pasaban las horas junto á la lumbre, ó bien salían á visitar á algunos antiguos amigos que les habían permanecido fieles. Cuando esto sucedía, no pudiéndose conformar á salir á pie ó á tomar el ómnibus, tomaban un coche de punto. Y vestidas con elegancia, la hija un poco pintada y teñido el pelo de rubio con agua oxigenada, se hacían la ilusión, en medio de una interminable serie de vanas charlas, de que aún pertenecían á la alta sociedad.

Cuando les preguntaban por el señor Hertelín ó Rosalía, contestaban con cierta conmiseración que uno y otra trabajaban. Á las vagas seguridades que algunos amigos complacientes les daban con respecto á un éxito próximo de Genoveva, cuya hermosura y talento no podía dejar de abrirse camino un día ú otro, contestaban siempre con desdeñosos comentarios en los que hacían notar la ignorancia de los directores de teatro y la imbecilidad del público. Hablaban de irse al extranjero en donde el valor artístico se aprecia generalmente mejor, y en donde una joven, dotada de belleza y talento, encuentra

comunmente un hombre ilustre dispuesto á ofrecerle su nombre y su fortuna.

Aquel par de locas construían castillos en el aire con sus concepciones novelescas, y los días pasaban, unos en su casa, otros en casa ajena, alimentando proyectos quiméricos mientras Rosalía, encerrada en su pequeño gabinete, y Hertelín, congestionado en su despacho, ganaban el dinero necesario para atender á las necesidades de la vida corriente.

Algunas veces, la madre y la hija volvían con billetes para un teatro que les había ofrecido algún artista de los que antes concurrían á sus veladas, y por pura fórmula proponían á Hertelín y á Rosalía que las acompañasen, pues de antemano sabían que ni uno ni otra habían de aceptar. No porque no tuviesen deseos de distraerse, pero porque ella no tenía traje para ir al teatro, y porque él no podía dejarla sola en casa.

Cuando las dos mujeres les habían dicho adiós, y compuestas y perfumadas habían salido dejando tras de sí un rastro de alegría y de fantasía, padre é hija quedaban frente á frente; y el silencio y obscuridad del pequeño comedor en donde pasaban su corta velada, parecían más pesados aún á los dos abandonados. Sentados junto á la estufa, hablaban afectuosamente, sin amargura, confortándose el corazón con su respectiva ternura. Cuando daban las nueve se separaban para retirarse á sus habitaciones, y á media noche volvían la señora Hertelín y Genoveva trayendo con ellas la excitación del placer sentido.

Para Hertelín y Rosalía la existencia se deslizaba sin sacudidas en medio de una regularidad de trabajo, haciendo siempre lo mismo, cuando la repentina aparición de Reinaldo Brown en la vida artística de la joven vino á traer una perturbación cuya importancia ni el mismo Regis estaba en condiciones de apreciar.

Rosalía salía casi siempre á la caída de la tarde, cuando por falta de luz ya no podía pintar, y generalmente disponía su tiempo de manera que, á eso de las seis, pudiese ir á esperar á su padre á la salida de la oficina. Juntos pasaban por la calle Lafayette hasta el *faubourg* Poissonnière, pero cuando la joven, excitadísima por lo que acababa de sucederle en casa del vendedor de cuadros, llegó á la calle de Montholón, y vió que le sobraba aún mucho tiempo, no pudo contenerse, se sintió incapaz para esperar, y como un rayo se dirigió á su casa.

Cuando se presentó ante su madre y su hermana tenía el rostro tan distinto de como acostumbraba á tenerlo, que la señora Hertelín exclamó:

— ¡Qué pasa? ¡Qué te ha sucedido?

Rosalía se quitó el sombrero, lanzólo por el aire sin que le preocupase poco ni mucho su conservación, hizo un gesto de chiquillo, y colocando encima de la mesa los billetes de banco que Regis le había dado, dijo con acento de triunfo:

— ¡Mirad!

— ¡Tres mil francos! — exclamó Genoveva.

— Sí, y esto no es más que un principio.

— ¿Entonces? preguntó la madre con la mayor estupefacción.

— Entonces... ha terminado la vida tristísima que hasta ahora hemos tenido que llevar. Mis cuadros se venden, y lo que es más, se venderán y muy caros; Regis me lo ha asegurado así. Ha hecho más, me ha pagado por adelantado los que le llevaré mañana. En adelante no tendréis que privaros de nada... papá no tendrá necesidad de ir á la oficina... ¡Ah! qué contenta estoy.

Y en un acceso de febril alegría, se puso á bailando vueltas por la habitación. La señora Hertelín la miró con fijeza casi hostil, y al fin dijo con amargura:

— Y es á ti á quien la fortuna sonríe, á ti, cuando tu hermana con su belleza y con su talento no ha podido alcanzar nada.

— Mamá — dijo Rosalía interrumpiéndola. — Yo no soy yo, somos nosotros. ¿Qué importa que sea yo quien triunfe mientras alcancemos el fin tan deseado?

— ¡Cómo que no importa! — exclamó con acritud la señora Hertelín, — Á ti te parece muy natural que seas tú quien triunfe, mientras que tu hermana, que tiene tan extraordinario mérito, continuará vegetando sin empleo, sin contrata, y podrá pasar la juventud, perder su belleza en la obscuridad y la tristeza. Preciso es que tengas muy poco corazón para que no comprendas cuanto hay de injusto en nuestra suerte. Eres tú,

Rosalía, la que triunfas, y Genoveva la que fracasa. ¡Qué irrisión!

Paralizada por esta explosión de celos que le recordaba muy duramente las preferencias que desde la infancia había debido sufrir, Rosalía se sentó en un rincón, silenciosa y triste, respetando á pesar suyo el odioso dolor de su madre. Genoveva fué quien no pudiendo dominar su curiosidad la obligó á referir detalladamente lo ocurrido.

— Entonces ¿ eres ya una gran artista? ¿ Quién es el Mecenas que te ha lanzado? ¿ Cuánto tiempo durará la boga? Aprovéchala mientras pasa, que muchos son los que han tenido semejante suerte durante un año y la han perdido luego repentinamente sin poderla encontrar de nuevo. ¿ Quién asegura que ese rico aficionado, teniendo tu cuadro en su casa, te comprará otros y te recomendará á los coleccionistas de su país? Tal vez mañana ya te habrá olvidado. ¿ Y si no vuelves á oír hablar de ese retrato? Niña, niña, no corras tanto; no hagas como la protagonista del cuento de la lechera.

Un raudal de lágrimas brotó de los ojos de Rosalía y silenciosamente rodaron por sus mejillas. Sentada junto á la lumbre, como moderna Cenicienta, lloraba al sentirse tan poco querida, y su corazón se oprimía con el acerbo dolor que su madre y su hermana le acababan de procurar. Sin embargo sólo por ellas se había alegrado, y ni un instante, en su satisfacción, había pensado en sí misma.

Trabajando como lo hacía toda la semana para soste-

nerlas en su pereza, consideraba como una felicidad poder aumentar su bienestar y facilitarles los goces. Entonces se daba exacta cuenta de que las dos mujeres hubieran preferido continuar vegetando á verla triunfar, y veía que las satisfacciones materiales que les iba á proporcionar no compensaban la atroz envidia que su triunfo les inspiraba.

— Vamos, procura poner otra cara — dijo la señora Hertelín. — Cuando tu padre llegue, si te ve con los ojos enrojecidos, se figurará que te hemos atormentado cuando, si no nos llevamos todo lo bien que sería de desear, la culpa la tiene tu carácter solapado y susceptible. ¿ Me oyes? Ve á tu cuarto y lávate la cara. Dan las seis... Dentro de unos minutos tu padre estará aquí... Vaya, no hagas la tonta y ven á darme un beso. Eres capaz de imaginar que te guardamos rencor porque te sucede una cosa buena. Antes al contrario, estamos encantadas.

— Sí, encantadas — añadió Genoveva haciendo un esfuerzo.

Rosalía, ante esas seguridades que sabía tan poco sinceras, tuvo una nueva crisis de lágrimas, y su pobre corazón, oprimido por el dolor, estalló en sollozos, y, con el pañuelo en la cara, se ocultó rápidamente en su habitación para huir de las impacientes amonestaciones de su madre y de su hermana.